

llos, que no eran los mas fuertes, no se hubiesen reducido á la clase de suplicantes, y no los hubiesen apaciguado á fuerza de ofertas, habria sido sin duda víctima de su inconsiderada codicia.

Altmano, obispo de Passau, procedió con mayor generosidad que Sigefredo; pero no logró mejor éxito (1). Despues de haber dicho á su clero que las estrechas órdenes del Papa le ponian en el caso de no disimular su incontinencia, y que temia hacerse culpable á sí mismo, si su inaccion pasaba por una aprobacion del desórden, y no por una mera tolerancia, subió al púlpito el dia de San Estévan, patron de su iglesia, llena con un concurso inmenso de gente del pueblo y de caballeros, y publicó con intrepidez el decreto. Oyéronse al punto por todas partes gritos furiosos, y hubiera perecido allí mismo el prelado si no hubiesen refrenado la sedicion algunos varones respetables que habia en la iglesia.

5. El Papa no enfrió el ardor de la empresa, aunque llegaron á su noticia estos movimientos; antes bien escribió cartas terribles á los prelados mal intencionados, suspendió á algunos del egercicio de sus funciones, aterró á los débiles, acució y animó á los mas osados, y ordenó á los legos que no reconociesen por obispos á los que permitiesen á su clero tener concubinas. Rodulfo y Bertoldo, el uno duque de Suavia y el otro de Carintia, honraban su alta gerarquía con su piedad y con su celo por el bien de la Iglesia. Gregorio no temió indisponerlos contra

(1) *Vit. ap. Tegnag. pag. 46.*

aquellos obispos, que mas adictos que las gentes del mundo á la gloria y á los placeres del siglo, enlazan sus propios vicios á la veneracion que exigen por su carácter (1). „Os rogamos, les dice, y os mandamos por la autoridad apostólica, que no participéis de los divinos oficios celebrados por aquellos de quienes sepais que fueron promovidos por simonía, ó que no guardan continencia. No permitais tampoco que asistan á dichos oficios como ministros, ya sea en la corte, en las dietas del reino, ó en cualquiera otra parte. Emplead para esto la fuerza en caso de que no baste la persuasion. Si alguno se queja, decidle que lo haceis en virtud de órden nuestra, y enviad á los descontentos á disputar con nosotros. Nos parece mucho mas fácil y espedito restablecer el órden con nuevas disposiciones, que dejarle aniquilar con las leyes antiguas.”

6. Gregorio escribió tambien al Rey de Germania para confirmarle en la buena resolucion que suponía haber tomado de estirpar de sus dominios la simonía y la incontinencia de los clérigos. Le ensalza por lo bien que habia recibido á sus legados, le da gracias por las pruebas efectivas de su amistad, le asegura que por su parte no cesa de tenerle presente sobre los cuerpos de los Santos Apóstoles, y concluye exhortándole á que tome los consejos de los que solo pretenden su salvacion.

7. Dirigió en el mismo año una carta por muy diferente estilo á algunos obispos de Francia contra

(1) *Gregor. VII. lib. 2. Epist. 45.*

su Soberano, que lo merecia mucho menos que el Rey de Germania (1). Reinaba entonces Felipe, primero de este nombre, habiendo sucedido en 1060 á su padre Enrique I, por cuya disposicion habia sido coronado en el año anterior. El Pontífice no solo culpa á este Príncipe, que no pasaba entonces de veinte años, de que daba lugar á todos los delitos con su debilidad é inaccion, sino tambien de que autorizaba con su egemplo los fraudes, las rapiñas, los robos de las iglesias, los adulterios y los perjurios: llegando la acrimonia de su celo hasta decir que Felipe llevaba en vano el cetro que se le habia puesto en sus manos, que despojaba á la corona de Francia del poder y de todo el esplendor que la habian dado sus antiguos Monarcas, y que merecia mucho menos el nombre de Rey que el de tirano. Por último prescribe que le declaren que con semejante conducta no puede librarse ya de las censuras apostólicas, y que si los anatemas no le obligan á mudar de sistema, él, como sucesor de San Pedro, con el auxilio del Señor Supremo, hará todos los esfuerzos posibles para que una nacion tan justamente celebrada, se vea libre de aquella opresion indigna. Escribió Gregorio en los mismos términos contra el Rey Felipe á Guillermo, conde de Poitiers (2); y aunque debemos llorar estos extravíos, no seria justo juzgar de ellos por nuestras costumbres actuales, y no por el mal gusto de aquellos tiempos; pues lo que llamariamos ahora un arrojó ó un movimiento sedicioso, era mirarlo

(1) *Id. Epist. ad Episcop. Gall.* (2) *Lib. 2. Epist. 13.*

entonces como un aviso vehemente, ó como una amenaza vaga y poco temible. Lo cierto es, que observamos que estas cartas no produjeron en Francia ninguna conmocion ó disturbio.

8. Entre tantos objetos de solicitud pastoral dilató su actividad prodigiosa Gregorio VII á los cristianos oprimidos por los musulmanes en las regiones ultramarinas. A pesar de los muchos peligros que ofrecia la peregrinacion de Jerusalem, no dejaban por eso de emprenderla los mas remotos occidentales (1). Algunos años antes habian salido de Alemania gran número de peregrinos bajo la direccion de Sigefredo de Maguncia, acompañado de Gonthier de Bamberg, de Oton de Ratisbona, de Guillermo de Utrecht, y de otros muchos personages de consideracion. Eran tan magníficos sus vestidos y equipages, que salian á verlos los habitantes de las ciudades y del campo, y sucedió muy en breve la codicia á la admiracion. Apenas fijaron el pie en las tierras de los infieles, mas allá de la Lycia, cuando fueron acometidos por los árabes que corrieron de todas partes á la fama de su opulencia. Los peregrinos se retiraron á una aldea, donde se fortificaron lo mejor que supieron, rechazando con prodigios de valor todos los asaltos del enemigo, lo que obligó á este á bloquearlos con el objeto de rendirlos por hambre. No cesaban de inquietarlos entretanto, teniendo á su favor la superioridad de doce mil combatientes contra siete mil viageros de todas clases y condiciones. Viendo estos por últi-

(1) *Lamb. ann. 1064. et 1065. = Sigeb. ann. 1065.*

mo que naturalmente no podian dejar de ceder, y que por otra parte no tanto se conspiraba contra su vida como contra sus riquezas, juzgaron que seria tentar á Dios el esponerse á mayores peligros, y pidieron capitulacion.

El caudillo de los árabes entró con diez y siete oficiales principales en el recinto donde estaban atrincherados los cristianos: dejó á su hijo á la puerta para impedir que se acercasen los demás, y subió á un cuarto donde estaban el arzobispo de Maguncia y el obispo de Bamberg, quienes le dijeron que tomase todo lo que tenian, y les permitiera seguir su camino. El soberbio y pérfido bárbaro respondió, que no les tocaba á ellos darle la ley. „No, no, añadió, no quedareis libres con lo que me entregueis por fuerza, sino que despues de despojaros de todo, quiero devoraros y beber vuestra sangre.” Gonthier de Bamberg, que estaba entonces en la primavera de sus dias, tenia una estatura tan recomendable y era tan hermoso, que en cualquier parte que se presentaba llamaba la atencion de todos, y se llevaba tras sí á cuantos le veían. Cuando le descubrió el feróz sarraceno, le destinó para que fuese el primer objeto de su brutalidad. Desató al punto el turbante, y aseguró con él al obispo echándosele al cuello. Gonthier era de unas costumbres tan suaves como puras, y no menos modesto que hermoso; pero no pudo sufrir semejante indignidad, y acordándose de que era jóven y vigoroso, descargó una puñada tan terrible en el árabe, que le derribó á sus pies. Pidió socor-

ro, acudieron á toda prisa los cristianos, cogieron al sarraceno y á los oficiales que le acompañaban, les ataron los brazos á la espalda, y para asegurarlos mejor les apretaron de tal modo las muñecas que les salia la sangre por las uñas.

Principiaron de nuevo los asaltos con mayor violencia que antes; pero á fin de contener á los árabes les presentaron sus gefes con un hombre que tenia una espada en la mano, y amenazaba degollarlos. Viéronse libres en este conflicto los cristianos contra toda esperanza, por otros infieles que verosímilmente serian los turcos selyúcidas, que poco antes se habian apoderado de aquellas provincias. El gobernador de Ramla mandaba la espedicion, quien agradeció mucho á los cristianos el que hubiesen reprimido con tanto valor á unos ladrones públicos que asolaban todo el pais. Dióles despues de esto una escolta, mediante la recompensa que estipularon, para que los llevase á Jerusalem con toda seguridad. Visitaron todos los santos lugares de la ciudad, y dieron sumas considerables para reparar las iglesias arruinadas. Embarcáronse hecho esto en una flota genovesa que los dejó en Italia, donde pintaron la tiranía de los enemigos del nombre cristiano con los mas vivos colores que les ofrecia la memoria reciente de lo mucho que habian padecido por su causa.

Gregorio VII, fecundo en planes nuevos y grandes, á consecuencia de esta relacion y de otros muchos sucesos de igual naturaleza, formó antes que otro alguno el de las cruzadas. Escribió por todas

partes, y aun al Rey de Germania, á fin de alentar la caridad de los occidentales en favor de sus hermanos de oriente; pero la multitud y la dificultad de las demás empresas de Gregorio no le permitieron egecutar esta, que no se verificó hasta despues de veinte años.

9. Escomulgó á cinco de los principales cortesanos del Rey Enrique, en el concilio del año 1075, y amenazó á sus ministros con la misma pena como fautores de simonía. Hizo igual amenaza á Felipe, Rey de Francia: confirmando la escomunion fulminada anteriormente contra Roberto Guiscardo, duque de la Pulla. Depuso á Dionisio, obispo de Plasencia: á Guillermo de Pavía, á Cuniberto de Turín, á Enrique de Spira, y á Garnier de Strasburgo los dejó suspensos de sus funciones. Prohibió, además de la pena de suspension, la comunión eucarística á Liemar, arzobispo de Bremen; y el obispo Herman, sucesor de Gonthier en la silla de Bamberg, fue declarado suspenso si no iba á justificarse á Roma antes del concilio próximo.

Escitan por lo menos la admiracion tantos rasgos de severidad egercidos á un mismo tiempo; pero si se descubre en ellos el temple inflexible del genio de Hildebrando, vemos tambien la atencion y cuidado de la Providencia en oponer á las inundaciones de la corrupcion unos diques proporcionados á su ímpetu violento. No podemos menos de admirar aquella magnanimidad que si no tuvo siempre por guia al espíritu de Dios, le tuvo sin duda por principio.

No estamos en el caso en cuanto á los sucesos particulares, de formar un juicio decisivo, por falta de documentos suficientes en la mayor parte de los hechos.

10. Las noticias circunstanciadas que tenemos acerca de la causa de Herman de Bamberg, prueban por lo menos los justos motivos que tuvo el Papa Gregorio para usar de todo el rigor de los cánones en ciertas ocasiones (1). Fue reprendido al principio este prelado porque sin causa alguna, y llevado de un mero capricho, despidió á los canónigos que habia establecido en una iglesia fundada por él mismo. Pero aconteció despues que este hombre que hacia fundaciones y otras buenas obras, incurrió en la sospecha de que habia cometido los delitos mas odiosos en un obispo y aun en cualquier cristiano. No solo se le acusó de haber adquirido el obispado con dinero, y de haber vendido despues las dignidades subalternas y los menores beneficios, sino tambien de haberse abandonado en su juventud á todos los excesos de aquella edad, y aun á algunos vicios que no son comunes en la gente moza, por egeemplo, el deseo de atesorar y los préstamos usurarios, á que se entregó con mucho mas ardor despues de haber obtenido el obispado. Tenia tambien el concepto de ser tan ignorante, que no podia entender ni un solo versículo del salterio. Este fue uno de los obispos á quienes puso entredicho el Papa Gregorio. Citado á Roma con motivo de las acusaciones de todo el clero de

(1) *Lamb. ann. 1075. = Greg. VII. lib. 2. Epist. 213.*

Bamberg, se puso en camino llevando consigo gran número de regalos á fin de corromper al mismo Papa y al consejo pontificio. Pero se detuvo fuera de la ciudad, envió á sus emisarios para que tanteasen el terreno, y no tardó en ver frustradas sus esperanzas, contribuyendo además estos pasos á que sufriese una condenacion mas denigrativa y á que fuese de-puesto irrevocablemente.

Regresó muy pronto á su diócesis, donde al verse defendido aun por sus vasallos, despojó de sus bienes á los eclesiásticos sus mas encarnizados enemigos: pero no osó egercer ninguna funcion episcopal. Declaróse entonces contra él sin miramiento alguno el cuerpo del clero, y fueron tantas las instancias elevadas al Rey, que no pudo menos de hacer ordenar otro obispo. Herman reconoció sus escesos; abrazó la vida monástica en el monasterio de Schonartz, bajo la direccion de un santo abad llamado Egherto, y sin perder un punto corrió á Roma en compañía de su abad, consiguiendo allí que le absolviesen de la excomunion y le restituyesen en las funciones sagradas de sacerdote y no de obispo. Estos repetidos egemplares de hombres escandalosos que despues llegaron á ser generosos penitentes, demuestran que en aquel siglo tan desacreditado no llevaba consigo el furor de las pasiones, como sucede en el dia de hoy, la estincion de todas las luces de la fe y aquel desesperado y monstruoso estoicismo que produce una perseverancia casi irremediable en el mal.

11. Suscitáronse muy en breve en el centro de

la cristiandad unos disturbios mucho mas funestos que todos los que afligian á la Iglesia en los otros países (1). Habíase quedado Guiberto, arzobispo de Ravena, despues del concilio romano del año 1075, al lado del Sumo Pontífice. Pensaba Guiberto apoderarse del gobierno de la Iglesia, y procuró atraer á su partido con regalos y promesas á todos los romanos que le parecia estaban disgustados de Gregorio. Se unió especialmente con Cencio, prefecto de Roma, hombre abismado en el libertinage, acostumbrado á los asesinatos y perjurios, y no menos astuto que malvado. Habia este bandido edificado en el puente de San Pedro una torre muy fuerte, desde donde cometia las exacciones mas enormes con todos los pasajeros, y no pocas veces estendia sus vejaciones á las tierras de la iglesia romana. Despues de haberle hecho muchas advertencias el intrépido Pontífice, llegó por último al extremo de la excomunion. Cencio, que habia sostenido el cisma de Cadaloo contra el último Papa, se resolvió á renovar este escándalo contra Gregorio. Pasó á la Pulla para ponerse de acuerdo con Roberto Guiscardo y los demás excomulgados, envió á su hijo al arzobispo de Ravena, y escribió al Rey de Germania cuyas verdaderas disposiciones habia llegado á penetrar, á pesar de todas las ficciones de este Príncipe. Estando ya bien puestas las baterías, trataron solo de apoderarse de la persona del Papa, y Cencio estuvo con el cuidado de aprovechar la primera ocasion que se presentase.

(1) *Bolland. tom. 17. pag. 123. et 148.*